

Arquitectura militar jiennense y la conquista cristiana

Juan Eslava Galán
Doctor en historia y escritor

Este denominado Reino de Jaén, que junto con los de Córdoba, Sevilla y Granada pasaría a ser uno de los cuatro reinos en que tradicionalmente se dividían “las Andalucías” hasta su parcelación en provincias, era una posición estratégica de primer orden. En el corazón de las tierras del mediodía peninsular, cobijaba una encrucijada de caminos que le han otorgado papel relevante en las disputas históricas y lo han convertido en casi obligado cauce de invasiones. En cuarenta kilómetros a la redonda se han librado las batallas de Baecula, las Navas de Tolosa y Bailén, páginas decisivas de la historia de España en tres épocas distintas. El accidente del relieve más determinante desde el punto de vista estratégico es Sierra Morena que, aunque pudiera actuar como barrera defensiva, está llena de portillos que la hacen solamente apta para la defensa de un enemigo que venga del Sur. Tampoco el río Guadalquivir puede considerarse una barrera: es más bien una directriz de marcha. Y, al Sur del Guadalquivir, el Sistema Subbético es un obstáculo extraordinariamente poroso debido a sus múltiples surcos transversales. Estas deficiencias físicas hicieron necesaria, desde la antigüedad, la articulación de una compleja red de defensa y fortificaciones.

Las primeras fortificaciones jiennenses suficientemente estudiadas son los *oppida* y recintos de época ibérica. Se trata de ciudades muradas y pequeños castillos cuadrangulares extraordinariamente abundantes en las actuales provincias de Córdoba y Jaén, aunque es presumible que un más detenido estudio del Bajo Guadalquivir los revele igualmente por aquella región.

Sobre el sustrato de fortificaciones indígenas mejoradas por cartagineses y romanos -las famosas “torres de Aníbal” de las fuentes latinas-, se articulan luego las de los godos, que añadirán poco a las obras romanas, y las de los primeros musulmanes. Las frecuentes contiendas civiles que caracterizan al emirato de Córdoba producen una extraordinaria cosecha de castillos y fortificaciones en tierras de Jaén. El núcleo más disputado es el constituido por la ciudad de Jaén y su entorno (Muntilun, Yarisa, Castro y Martos). Secundariamente destaca el núcleo formado por Cazlona, Úbeda y Baeza. Otra zona estratégica importante es la cuenca del Guadiana Menor que enlaza con la costa a través de la actual provincia de Almería. Este ha sido un camino tradicional de

movimiento e invasiones desde la prehistoria. Finalmente en la situación medieval, la ciudad de Andújar era llave de la Baja Andalucía para el conquistador que viniese del Norte.

A la hora de esbozar las consideraciones estratégicas de la zona es fundamental tener en cuenta la caminería. Esta se ajustaba al relieve natural mucho más que ahora y era, en época medieval, bastante más extensa de lo que es nuestra actual red de carreteras, puesto que en ella predominaba la línea recta. Un problema importante era que muchos caminos sólo eran utilizables en las estación seca, lo que no afectaba a las campañas militares puesto que, por lo general, éstas se organizaban en verano. Un fenómeno común era la duplicación de caminos: uno para verano, que discurre por el llano, y otro de invierno, por la falda de la montaña, que es utilizado cuando llueve y el de verano se torna impracticable. En Sierra Morena los caminos tradicionales buscaban los “lugares sanos”, es decir, las crestas de las montañas.



Fig. 1: Emplazamiento de la fortaleza de Muntilun, con la de Yarisa al fondo.
Fotografía:
(CC BY-SA) Francisco Vidal Castro.

Fig. 2: Yarisa
(vista general del emplazamiento).
Fotografía:
(CC BY-SA) Francisco Vidal Castro.





Izq. Fig. 3: Castro (actualmente, Peñas de Castro). Fotografía: (CC BY-SA) Juan del Arco Moya.
Dcha. Sup. Fig. 4: Martos (vista desde Yarisa). Fotografía: (CC BY-SA) Francisco Vidal Castro.
Dcha. Inf. Fig. 5: Cazlona (también conocido hoy como castillo de Santa Eufemia, al sur de Linares).
Fotografía: (CC BY-SA) Kordas.

Fortificación islámica

La fortificación islámica se organiza, en principio, sobre la preexistente, heredada de la prehistoria: los núcleos urbanos sobre cerros fortificados (*oppida*) y los castillos cuadrangulares datables entre los siglos V y III a. de C. que denominábamos recintos.

En los tiempos del emirato de Córdoba las frecuentes sublevaciones y guerras civiles favorecen un espectacular aumento del número de las fortificaciones en el reino de Jaén. Pueden hoy documentarse hasta cincuenta de ellas, aunque en su mayoría sean inidentificables debido a que los materiales de su construcción -fosos, terraplenes, tapial pobre y madera- eran poco consistentes. En lo concerniente a la fortificación paleoislámica podemos distinguir tres períodos:

1. La época de los señores encastillados, en tiempos de la rebelión de Ibn Hafsun y los muladíes.
2. El primer programa coherente para un plan territorial defensivo, impulsado por al-Hakam II (961-976). Entonces se fortificó la línea del Muradal (castillo de Baños y Tolosa).

3. Época de taifas. El reino de Jaén, disputado por las taifas de Granada y Sevilla, es además objeto de las primeras incursiones cristianas (Alfonso VI).

Hacia 1125 (fecha de la creación del impuesto o *ta'ib* para fortificación), la creciente presión de los reinos cristianos sobre las fronteras andalusíes del imperio almorávide y la admitida –por algún emir– incompetencia de los andalusíes para organizar una defensa dinámica y activa, decide a los gobernantes de Marraquex a organizar un limes fronterizo de contención, copia de los romano-bizantinos en el Norte de África.

El limes es, básicamente, un coherente sistema de fortificaciones interrelacionadas y complementarias que podemos clasificar tipológicamente en tres categorías: plazas fuertes, castillos estratégicos y fortines camineros y torres ópticas.

En el reino de Jaén las plazas fuertes coinciden con núcleos de población preexistentes, a los que dota con recintos murados: Jaén, Úbeda, Baeza, Andújar, Arjona, Porcuna.

Los castillos estratégicos se anteponen a las plazas fuertes y defienden pasos y accesos importantes al Guadalquivir y a los surcos del sistema subbético. El Muradal queda defendido por los castillos de Ferral, Tolosa y Baños. Se apoya en la plaza fuerte de Andújar.

Pasos secundarios de Sierra Morena quedan vigilados por los castillos de Torre Alber y Santisteban. Este último controla, además, el camino de Levante. Se apoyan en Úbeda y Baeza.

El camino del Jandulilla queda controlado por el castillo viejo de Bedmar y el de Jódar. El del Guadiana Menor queda defendido por Quesada y el que discurre entre las sierras de Cazorla y del Pozo por la fortaleza y recinto de Hornos.

En lo que se refiere a los pasos y vados del Guadalquivir por la campiña, estos quedan cubiertos por los castillos de Estiviel-Las Huelgas y Espeluy y por la plaza fuerte de Jaén.

Los fortines camineros facilitan las comunicaciones y labores de policía almorávides (y luego almohades) en un territorio que frecuentemente era hostil al poder africano.

Este elaborado sistema, comenzado por los almorávides y llevado a feliz término por los almohades, fue neutralizado por la propia descomposición política que desmembró a este imperio bereber en el primer tercio del siglo XIII. En ausencia de un poder unificado en la zona, este dispositivo defensivo se mostró inútil e inoperante, aunque elementos aislados, como la ciudad de Jaén, pudieran ocasionalmente testimoniar el alto grado de eficacia que había alcanzado la fortificación bereber.

Los hallazgos e innovaciones de la fortificación almohade permanecerían prácticamente insuperados hasta que la aparición de la artillería de pólvora introdujo sustanciales cambios en la fortificación.

La conquista cristiana

La conquista del reino de Jaén por Castilla se organizó sobre dos ejes de penetración:

1. Guadalquivir y su curso: que lleva al mar y a las más importantes ciudades andalusíes.
2. La cuenca del Guadiana Menor hasta Almería, puerto vital.

Las imposiciones estratégicas eran dobles. Por una parte Castilla sentía la necesidad de constituir una marca estable al Sur de Sierra Morena que fuese cabeza de puente para sus posteriores avances. Por otra parte necesitaba dominar los puertos costeros para aislar al-Andalus del Norte de África. Fernando III recelaba de la capacidad de recuperación militar que venían mostrando tradicionalmente los imperios bereberes. Estos planes castellanos fracasaron parcialmente al no progresar la conquista del Guadiana Menor más allá de Quesada, lo que posibilitaría la creación y supervivencia del estado nazarí de Granada.

La táctica conquistadora de Fernando III fue simple y efectiva: se sustentaba en una política de treguas parciales y empleo selectivo de la fuerza. Era diplomacia apoyada en la violencia sabiamente dosificada. El rey de Castilla hacía uso de la guerra económica (parias, devastaciones, etc.) y obtenía ganancias territoriales con el mínimo esfuerzo. Evitaba enfrentamientos directos. Procuraba obtener las plazas mediante pactos de sumisión o compra. En alguna ocasión empleó el terror (Loja, Villa del Río) como medio de persuasión que mostrara al adversario lo inconveniente de resistir por las armas.

Podemos señalar dos etapas de conquista. La primera, de 1224 a 1230, es indirecta. Castilla medra a costa de algunos poderes andalusíes en conflicto, apoyando al más débil contra el fuerte y estimulando las contiendas civiles. En 1230, Castilla se robustece por la unión de León y Fernando III y pasa a la acción directa aprovechando, además, el definitivo desmoronamiento del poder musulmán almohade en 1228.

La conquista de plazas fuertes y castillos responde a cuatro modalidades distintas:

1. A cambio de servicios militares. Así obtiene Martos y Andújar. En este caso la población musulmana conservaba sus propiedades.
2. Por capitulación tras asedio. Así se tomaron Baeza, Úbeda, Arjona y Jaén. Los musulmanes salían libres con sus bienes muebles.
3. Por fuerza de armas. Así se obtuvieron Quesada y Cazorla. La población musulmana lo perdía todo.
4. Por pacto de sumisión voluntaria. Así se ganaron Chincoya, Iznatoraf y Santisteban. En este caso los musulmanes conservaban sus propiedades.

Los lugares estratégicamente importantes eran desocupados de su población musulmana indepen-

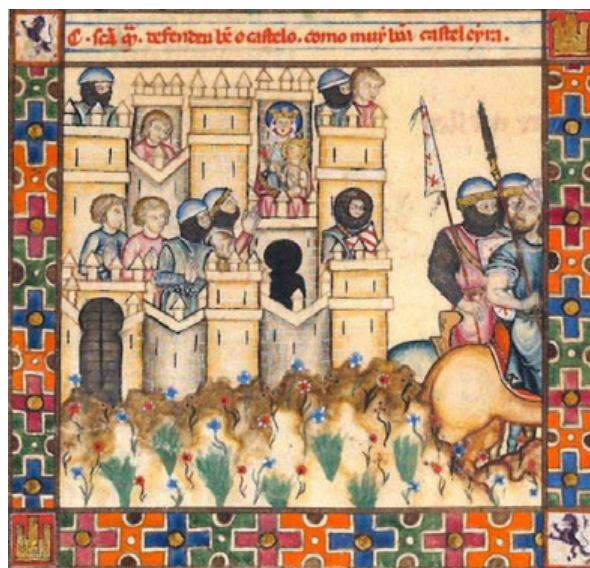


Fig. 6: Chincoya (representación del castillo según las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio, cantiga 187, página 2, cuadro 5). Fuente: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Cantigas_de_Santa_Maria-187b-5_Siege_of_Chincoya_castle.jpg.

dientemente de la modalidad de ocupación cristiana. En el reino de Jaén todas las ciudades fueron vaciadas de pobladores musulmanes.



Fig. 7: Castillo de Jódar. Fotografía: (CC BY-SA) Francisco Martínez Santiago.

